

Capítulo 1

Identidad social

El término *identidad* se acuña al sentido propio que engloba el ser en sí, como conciencia de ubicación y pertenencia. Un rasgo característico que se convierte en reflejo desde la esencia de lo que somos y del sitio en el que nos hallamos. En este sentido, la identidad nos configura como sujetos y articula a un contexto cultural, en un ejercicio de libertad y reconocimiento. En otras palabras, la identidad corresponde al sentido de nombrarse y ser nombrados.

Según Navarrete-Cazales (2015a):

La identidad se hace necesaria (para los sujetos, agencias, instituciones, grupos sociales) porque requerimos de una que nos identifique, que nos dé una posición, un lugar en el mundo (social), que nos permita nombrarnos, ser nombrados y que nos distinga de los demás, de los otros, todo ello bajo la lógica de que no sería posible una identidad que no postule al mismo tiempo una alteridad. (p. 477)

En esta fisionomía social (aspecto particular que caracteriza) o identidad, se alinea a la humanidad en la condición de persona y no de una manera única, porque cada cual se identifica desde diferentes roles, teniendo en cuenta los contextos y la capacidad de pensarse para sí en el día a día. Por esto, Morel y Villalobos (2011a) indican que cuando se habla de un “[...] sujeto producido en interacción con otros y que se va construyendo en esa interacción; ya no será la identidad un proceso que tenga un fin, sino una construcción que acompañe al sujeto a lo largo de su vida” (p. 111).

Este aspecto permite autodefinirse y construir representaciones propias y compartidas con los demás. Por lo que existe una identidad colectiva que permea las conductas, los sentimientos, pensamientos de las personas y desarrolla un sentido de pertenencia por hacer parte de un grupo.

De esta manera, Moro Da Dalt (2009) lo plantea como “[...] un fenómeno subjetivo, de elaboración personal, que se construye simbólicamente en interacción con otros” (p. 18). Sin embargo, la identidad también es grupal, pues los individuos también nos identificamos con un colectivo de personas con quienes tenemos características en común.

En este sentido, la identidad es fruto de la cultura y, al ser un producto de esta, no es estática, sino dinámica, porque el contexto y el sujeto son cambiantes; por tanto, el ejercicio de la conciencia para no desconocerse a sí mismo, sino pensarse, reconstruirse e identificarse en contexto frente a diversos sujetos, es modificable y es un hecho social que se fortalece mediante un vínculo de la pertenencia.

Al respecto, Morel y Villalobos (2011) afirman que “[...] toda identidad va cambiando y supone alteridad, hay un ‘otro’ que me confirma mi identidad (alteridad-otredad)” (p. 211). En suma, la identidad se construye de forma individual, pero es permeada por factores externos; entonces, en el caso de las personas con discapacidad visual, ellas se identifican con algunos factores propios, pero además su condición les permite desarrollar habilidades en común con quienes también poseen este tipo de discapacidad.

Así las cosas, la identidad no es un constructo estable en el tiempo, sino un cúmulo de fases cambiantes que se van modificando de acuerdo con el contexto, las situaciones personales, las exigencias del medio y las costumbres sociales; por tanto, la identidad colectiva o social se debe considerar como el punto de partida de toda construcción identitaria o autoconcepto de identidad.

Por tal razón, Morin (1999a) señala: “La cultura mantiene la identidad humana, por ende, están aparentemente encerradas en sí mismas para

salvaguardar su identidad singular” (p. 28), es decir, que la cultura influye en la identidad de un individuo, así como la identidad personal permea la cultura, pues el ser humano necesita de características propias que lo identifiquen, pero también necesita pertenecer a un colectivo con el que comparta una misma realidad.

La identidad, en este sentido, no es un eje universal ni repetitivo, sino que viene a ser diversa si se ve desde el foco cultural y singular de la perspectiva individual.

En consecuencia, Navarrete-Cazales (2015b) propone lo siguiente:

Entonces, ya no es posible hablar de la “identidad” para hacer referencia a las características universales del ser, o para definir al hombre como invariable e inmutable. Hoy sabemos que el ser está-siendo, que el sujeto se constituye constantemente, que adquiere o deja y se constituye por diversos polos identitarios y eso es lo que lo constituye en lo que es, en un momento particular de la historia, de su historia en un tiempo y espacio particular. (p. 467)

A partir de allí, cada quien puede identificarse con otro que conforma su grupo social, puesto que la identidad personal también va ligada a un sentido de pertenencia con distintos sujetos del contexto sociocultural, por lo que se puede añadir que las personas comparten características afines.

La identidad es una categoría general que posibilita que tengamos un lugar de adscripción (histórico-temporal) frente a los demás, a distinguirnos de los otros (sujetos, instituciones, grupos, familias, comunidades, movimientos sociales, naciones), y decir qué es lo que somos y lo que no somos. No hay posibilidad de identidad que no postule, al mismo tiempo, una alteridad: no sería posible una mismidad sin la existencia de esa otredad. (Navarrete-Cazales, 2015c, p. 468)

Porque hay personas que se identifican con otras en relación con los estilos de vida o prácticas que ejercen en su diario vivir, y esto es identidad, pues esta insignia propia, en cierta medida, resignifica a cada persona con

otra, en lo que tiene que ver con sus afinidades; y, aunque todos los seres humanos sean igualmente diferentes, aun en la diferencia se parecen en su condición de seres humanos debido a características que los hacen únicos pero semejantes en algunos aspectos, en un lapso de la historia y en su entramado social.

En este orden de ideas, se puede añadir que la identidad tiene que ver “[...] con la historia de vida, influida en el concepto de mundo que predomina en la época y lugar en que vivimos. Hay un cruce entonces entre individuo, grupo de pertenencia y la historia social e individual” (Morel y Villalobos, 2011c, p. 112).

Así pues, la identidad se construye desde diversos factores sociales que afectan al ser en un encuentro convergente, en el cual se desglosa una triada identitaria (el individuo, su relación con otros del entorno y el cruce en un momento exacto con la historia de la cual hace parte).

En este sentido, las personas toman de la historia y de la sociedad las herramientas que consideran necesarias para construir su identidad, puesto que son seres sociales permeados por lo que consideran puede generar satisfacción y sea consecuente con su esencia social o identidad.

Pero esta esencia social no se refiere solamente a gustos o cualidades que definen a una persona, esto hace alusión a una totalidad que complementa individualmente a cada ser y, desde un contexto, enmarca ciertos rasgos.

Morel y Villalobos (2011d) proponen que la identidad se configura como una totalidad desde varios subsistemas que son los siguientes: identidad sexual o de género, física, psicológica, social, moral, ideológica y vocacional. Por consiguiente, “[...] estos subsistemas no tienen igual preponderancia siempre, sino que de acuerdo al momento que el sujeto viva, unos tendrán más o menos supremacía sobre otros” (pp. 113-114).

En el caso de la identidad de las personas con discapacidad visual, cada una de ellas tiene una identidad propia que ciertamente no es identidad

solo por tener una característica relacionada a la ausencia de la visión. Porque la identidad se construye desde el entorno, la experiencia y los mecanismos que la sociedad le aporta a esa persona para que se autoforme según sus habilidades y las herramientas que esta persona selecciona autónomamente para conformar su identidad de sujeto.

Para la psicología, la identidad es una necesidad básica del ser humano: su construcción permite responder ¿quién soy yo?, y es tan necesaria como recibir afecto o alimentación. Esta no es absoluta y siempre está cambiando, pero nunca se deja de buscarla (Morel y Villalobos 2011e).

Por tanto, es viable integrarse al proceso social con el aprovechamiento de todos los recursos externos, el uso de las destrezas que favorecen la identidad, autonomía, libertad y configuración de la visión de mundo. Lo anterior a sabiendas de que esta se reconstruye por medio del entorno y de la interacción que se tenga con él, lo cual es un hecho cultural.

Según García Huidobro (1979) la cultura de cada quien es un hecho histórico y social, en el que

[c]ada hombre hace su entrada en el mundo consciente en y a través de un grupo social determinado y es en ese grupo y a partir de él, con los materiales que la historia ha dado a ese grupo, que cada hombre poseerá una concepción del mundo. (p. 7)

Así pues, en relación al término *identidad*, este conlleva un legado propio, porque cada sujeto —en un ejercicio de reflexión— conoce que hay algo con lo que se identifica o algo en él que le hace reconocerse en su contexto como un sujeto de su especie, original en relación a la imagen positiva que tiene de sí mismo. Es decir, que esta concepción de sí o el autoconcepto es un punto significativo al enunciar la identidad.

Datta y Halder (2012), citados por Datta (2014), “[...] argumentaron que el autoconcepto es imprescindible para desarrollar un modo de vida positivo, siendo un factor esencial para tener éxito en cualquier sociedad” (p. 4). Así pues, el concepto propio ayuda a desarrollar y potenciar las capacidades

para trascender en todas las esferas de la vida, de manera que si una persona tiene claro quién es desde un accionar reflexivo (esto es: su identidad en la viabilidad de su autoconcepto), esto lo ayudará positivamente en la toma de decisiones, en la proyección de estrategias y en la capacidad de acudir a todo aquello que le genera calidad de vida.

Por ello, las personas con discapacidad visual tienen la autonomía de asumir el orden y actitud positiva de sus habilidades (autoconcepto) para generar oportunidades en su quehacer diario. Para García Huidobro (1983) “[...] el carácter de sujetos creadores de la historia que poseen los hombres y concretamente los grupos o clases sociales, carácter que se activa a través de un darse una propia cultura que otorgue conciencia y organicidad a la clase” (p. 9).

Lo cual significa autoidentificarse en un espacio que consiste en comprender lo que conforma la humanidad propia de cada ser y tener una autoestima que respalde este aspecto. Así como lo señala Pérez (1998), citado en Montenegro Seminario (2018):

Otro de los pilares básicos de la inteligencia emocional es sin duda la autoestima, directamente vinculada al autoconcepto y a la comprensión y sentimientos propios. Sin entrar aquí en cuestiones terminológicas, el autoconcepto puede entenderse como el esquema mental que permite definirnos. Es la visión e imagen que el individuo tiene de sí mismo, influye en la conducta y es el mediador entre la persona y el medio. (p. 33)

Ahora bien, el abordaje de personas con discapacidad visual ha evolucionado durante los últimos años porque, anteriormente, esta población era vista por la sociedad con características segregadoras; eran desvalorizadas y sus derechos no eran garantizados por el simple hecho de tener características diversas, pero, en el contexto actual, se ha enfatizado en la igualdad de derechos, en las capacidades diferentes y en el fortalecimiento de habilidades que pueden aportar significativamente a la sociedad.

En este sentido, estas personas han sido excluidas de la sociedad, aunque la reafirmación de las diferencias grupales puede favorecer la conformación

de la identidad propia; sin embargo, ellos construyen su identidad en función de términos médicos relativos a las deficiencias personales físicas, sensoriales o intelectuales (Díaz Velázquez, 2010).

Por tanto, al focalizar la población con discapacidad visual, es relevante concebir su identidad desde la subjetividad, habilidades o características personales a partir de un modelo biopsicosocial, el cual articula todas las esferas que constituyen al ser humano, y no desde la discapacidad vista desde un enfoque clínico que se centra únicamente en la deficiencia y en las herramientas físicas que puedan utilizar para ser identificados (bastón, braille, etc.).

Pues la identidad de las personas, independientemente de la discapacidad, no se define o asocia en términos de pertenencia a la condición de discapacidad, sino a la caracterización de una persona que es igualmente diferente a cualquier otro sujeto y que es un miembro activo en la sociedad, porque su vida configura una historia de vida, una época, un lugar en el que se halla, un contexto familiar, un factor socioeconómico, unos componentes psicológicos, emocionales y morales, entre otros aspectos:

El ser humano es a la vez físico, biológico, síquico, cultural, social, histórico. Es esta unidad compleja de la naturaleza humana la que está completamente desintegrada en la educación a través de las disciplinas y que imposibilita aprender lo que significa ser humano. Hay que restaurarla de tal manera que cada uno desde donde esté tome conocimiento y conciencia al mismo tiempo de su identidad compleja y de su identidad común a todos los demás humanos. (Morin, 1999b, p. 2)

Así las cosas, las personas con cualquier tipo de discapacidad deben tener un sentido de pertenencia acorde con sus cualidades y proyecciones futuras, a fin de que tengan plena participación en la sociedad y puedan involucrarse en procesos que promueven la construcción de su identidad. Porque, de no ser así, se las estaría etiquetando solo por una condición (algo que afectaría su autoestima y autoconcepto), lo que sin duda es negativo al hablar de identidad, porque cada sujeto justifica su razón de ser o sentido a partir de su identidad diversa, que lo hace autor en la historia y el rol que desempeña

en la sociedad. Puesto que “[...] todos tenemos una identidad genética, cerebral, afectiva común a través de nuestras diversidades individuales, culturales y sociales” (Morin, 1999c, p. 39).

Por tanto, la sociedad en general debe darse cuenta que la identidad es un tejido cultural que debe valorarse y develarse en un estado de alteridad hacia el otro para no hacer juicios ni señalamiento a sabiendas de que somos sujetos diversos, “[...] ayudando a generar un ‘constructo social de la discapacidad’ positivo y diferente, capaz de valorar la diversidad y respetar al sujeto” (Morel y Villalobos, 2011e, pp. 116-117).

Sin embargo, la identidad no se trata solamente de reconocerse, o de reconocerse a través del otro, sino de acoger métodos o sistemas que se consideren un referente para guiar las acciones y construir la identidad, porque la identidad cultural requiere prácticas que la preserven, es decir: una estructura de valores que posibiliten una interacción con el entorno y una forma para afrontar los acontecimientos de la vida diaria.

Según Mercado y Hernández (2010):

La adscripción a un grupo no es suficiente para que los sujetos se identifiquen con el mismo, porque la construcción de la identidad colectiva, en el contexto actual, es un proceso social complejo que requiere de la participación activa de los sujetos en las prácticas colectivas del grupo; pues es en los procesos de comunicación donde se reproducen los grupos y se adquiere la conciencia del nosotros. No basta conocer los símbolos, practicar las costumbres y tradiciones, a nivel de repetición; es necesario implementar mecanismos que les permitan a los sujetos atribuir sentido a los repertorios culturales que consideren referentes identitarios. No porque “oficialmente” lo sean, sino porque realmente tengan significado en sus vidas; es decir, que les sirvan para definirse a sí mismos, para explicar la realidad y guiar sus acciones. (p. 249)

En suma, la proyección de la identidad social de las personas con discapacidad visual como insignia que los caracteriza desde lo que cada uno decide ser en el contexto que conforma, se configura primeramente

en el autorreconocimiento. Luego en la aprehensión de herramientas que complementen su integridad y posibilitan la construcción de ese sujeto que se reconoce.

En otras palabras, la identidad es un acto social de reconocerse propiamente en un espacio de reflexión y acción que se modifica según las necesidades y gustos de cada persona, pues es el individuo quien construye y fortalece sus características de acuerdo con factores intrínsecos y extrínsecos, teniendo en cuenta aquello que le agrada, con lo que se siente bien y la manera como quiere ser reconocido; por ende, no es necesario que se deba apropiarse de todos los rasgos que identifican a un grupo en este caso a quienes tienen una discapacidad visual.

Asimismo, se correlaciona al ejercicio de enriquecer la esencia del “yo” o lo que corresponde a un sentido independiente, que consiste en acoger todo lo que pueda engrandecer el autoconcepto, generar bienestar y potenciar las habilidades con los mecanismos que ofrece el entorno. Sin embargo, cabe aclarar que la identidad no es definida por la sociedad, sino que es el sujeto quien decide qué tomar para construir su identidad.

En tal sentido sostenemos que la identidad del sujeto no está determinada por la sociedad en la que se inserta, sino que existen ya una cultura, un *modus vivendi*, y el sujeto con sus potencialidades decide, reflexiva o irreflexivamente, qué incorporar de su contexto a su proceso de constitución identitaria. (Navarrete-Cazales, 2015d, p. 472)

En virtud de ello, las personas con discapacidad visual para autodefinirse deben aprovechar al máximo esos rasgos identitarios que complementan su identidad, ya que este aspecto, al no ser una réplica universal sino una píldora particular en cada persona, promueve un significado social en la cultura circundante que se renueva con cada agente o individuo.

